



les, no consentía tratar como á un dios al discípulo de su tío. Alejandro estaba inconsolable por la muerte de su antiguo general, sin arrepentirse de la muerte del filósofo, cuya culpabilidad parece probada (1).

Los turanos, á quienes acaba de someter Alejandro, eran buenos y valientes soldados; se utilizó de sus buenos servicios, incorporándoles en su ejército. En este caso contaba ciento veinticinco mil hombres, y así ya puede acometer las más grandes conquistas, y podrá también realizar sus proyectos de navegación, comercio y civilización. Pero ambiciona la India, y para conquistarla, tomándola por su parte más débil, va á presentarse como si fuera un dios. Entonces, á la vista de este ser, rodeado de todas las pompas de la divinidad, los indios creen á una la Avotara de Visme ó de Schiva, y los pequeños príncipes de este lado del Indo se someten y le adoran.

Mas allende del Hidaspe estaba el radjah de Camudj, Pur, Porus, que heredero del reino y del valor de Purava, su padre, no quiso acceder sin combatir. Pur es destrozado, á pesar de sus elefantes y á pesar de su valentía, y Alejandro le trata como rey, segun el vencido le habia pedido (327). Alejandro le dió su reino notablemente engrandecido.

Quedaban por vencer el rey de los prasianos ó *Prathiz-Thana* y los habitantes del Ganges. Los macedonios, cansados de tantas fatigas, desmoralizados por las setenta jornadas de huracanes y de lluvias torrenciales, rehusaron ir adelante y el poder del dios tuvo que ceder á sus porfiadas instancias. Habían luchado valientemente, recordándoles su gloria y prometiéndoles que los límites de su imperio serian los límites del universo: despues, no deseando más que voluntarios, decia: «Vuestro rey va delante, y espera que no le faltarán gentes fieles.» El ejército callaba, dando con esto pruebas de que deseaba volver á Macedonia; abandonó al fin á Alejandro, quedando este solo en su tienda por espacio de tres dias, y hasta los *heteres* (cuerpo escogido) deseaban volverse.

(1) Arriano, l. IV.

Entonces renuncia á continuar sus expediciones y erige doce altares sobre las márgenes del Hifaso, como el *non-plus-ultra* de sus conquistadas helénicas. Despues, sobre doscientas naves que allí aparecieron como por encanto, bajó el Hidaspes hasta el Indo.

Su camino estaba sembrado de peligros y de victorias. Sujeta á los mallos y á los oxidracos con peligro de su vida; sólo habia quedado sobre las escaladas murallas de la fortaleza de los mallos, atacando al enemigo hasta el punto de ser alcanzado por una flecha que le hizo caer en tierra; creyósele muerto, y algunos dias despues se le vió ya montado á caballo. Sobre el territorio de estos reyes indios que somete, es donde levanta fuertes y construye arsenales.

Llega al fin á Patali, que está en la embocadura del Indo; tan grandioso era su plan. Mandó hacer almacenes de guerra, una ciudadela y un puerto. Este sitio debia ser como el centro del comercio para toda el Asia Oriental y Meridional.

Pero se turba á la vista del reflujo que deja sus naves en seco; ofrece sacrificios á Neptuno y emprende su vuelta. Ya antes habia mandado á Nearco hacer el periplo del Indo al Tigris; tomá el camino por tierra y se remonta hácia Babilonia, señalando el camino que habia de servir por dos siglos al comercio, dando muerte á sus sátrapas concusionarios y celebrando por espacio de siete dias las bacanales desenfrenadas, que no eran despues de todo más que las fiestas de Ramah-Deonehusa, el indio, y de Baechus-Dyonusos, el griego, en su más grande y en su más licencioso aparato.

Alejandro recorria sucesivamente las capitales de su imperio. En Susa trata de realizar la union de la Europa y del Asia por el matrimonio de sus principales capitanes con las hijas más distinguidas de la Persia, y del de diez mil griegos con persas; él mismo se casó con Estatira (1), hija mayor de Darío. Allí también el ejército asiste con sorpresa á la muerte de Calanos.

En este lugar también es donde Alejandro

(1) Arriano la llama *Barsina*.



perdió á Hefestion, su amigo, á quien él habia hecho casarse con una hija de Darío, y por quien mandó hacer unos funerales que le costaron más de cincuenta y dos millones (1). Despues se fué á Ecbatana, donde se celebraron á su presencia las fiestas musicales de la Grecia y los juegos gimnásticos, donde se representaron los dramas de la Héléade (324).

En un momento dado, hubiera podido creerse para siempre vendido. Sus compañeros, á quienes habia pagado por deudas veinte mil talentos, cien millones, se retiraron. Alejandro baja de su trono, se apodera de trece y los envia al suplicio. «Marchad, dijo, dirigiéndose á los demás; id á decid á la Grecia que Alejandro, abandonado de vosotros, dá más fe á los bárbaros que ha vencido.» Despues forma un ejército de persas, y tres dias más tarde los macedonios lloraban á la puerta de su tienda, suplicándole que les perdonase. Alejandro queda vencido: «Todos formais parte de mi familia; en adelante no llevareis otro nombre, dijo con lágrimas en los ojos.» Un banquete de nueve mil convidados reconcilió al príncipe con sus soldados.

Alejandro volvía hácia Babilonia temido y respetado, no como un conquistador, sino como un dios. Este dios temblaba, sin embargo. Los astrólogos caldeos le predecian la desgracia si él entraba en la ciudad; los sofistas griegos le quitaron sus temores. También Europa entera y el Asia deseaban su venida para rendirle homenaje por medio de sus embajadores, y esta ciudad tenia que ser la capital del imperio. Veinte mil desterrados de la Grecia vueltos á su patria, las estatuas levantadas por Jerjes, especialmente las de Harmodio y Aristogeton, mandadas á Atenas, enseñaban á la Grecia cuánta era la magnimidad del conquistador de la Persia, al propio tiempo que su clemencia se extendía hácia la república revelada, cuyos clamores anunciaba Demóstenes.

Dueño entonces de un inmenso imperio, contando apenas treinta y dos años, veía á sus

(1) Crateres, decia Alejandro, es el amigo del rey, pero Efestion es el amigo de Alejandro. Estuvo casi loco del dolor que experimentó á su muerte, y quiso honrarle con los honores divinos. «Este era otro Alejandro,» habia dicho él á la madre de Darío.

piés á todo el Oriente y todos sus deseos cumplidos, como si emanasen de orden del cielo, y pensaba en desarrollar los magníficos proyectos que su genio habia concebido. Babilonia iba á ser la capital y centro de este gigantesco imperio: ya el Eufrates estaba contenido en sus diques; ya todos los edificios estaban reedificados y el templo de Bel iba á ser reconstruido. De este punto, como único centro, iban á partir todas las expediciones para apoderarse del Africa, España y demás países del Occidente. El extremo del Africa serviría de fácil comunicación entre Europa y la India por el Mediterráneo; esta gloria estaba reservada á Vasco de Gama. Seis maravillosos templos, nuevas ciudades, puertos y canales debian facilitar las relaciones del mundo. El Asia y la Europa se habrían fundido por la grande unidad de gobierno y de civilización. La paz universal y la felicidad de todas eran el gran sueño de este esclarecido genio (1). Mas toda su grandiosa actividad, todo su poderoso esfuerzo, todas sus vastas concepciones, que el mundo siempre admirará, todo esto vino á estrellarse contra una copa de vino y un exceso de su mesa; porque es necesario también que los grandes hombres tiendan por cualquier extremo á la tierra, como dice Pascal.

Alejandro espiró el 21 de Abril del 323. El veneno quizás contribuiría á su muerte, que puede también explicarse muy bien por los excesos de los reyes y por las malignas fiebres de aquel clima. Los griegos estaban ya fastidiados con tanta gloria y grandeza, y los astrólogos caldeos que se apercebían de ello, habian anunciado ya esta catástrofe. Murió sin haber podido arreglar sus múltiples negocios, dejando un hermano imbecil é hijos de corta edad, incapaces de sostener tan pesada carga.

Predijo únicamente antes de morir, que sus amigos celebrarían sus funerales con sangrientas batallas, y espiró en la flor de su edad, lleno de tristes imágenes de desorden y confusion, que habian de seguirse á su muerte..... Hé aquí el glorioso resultado de tantas conquistas (2).

(1) Diodoro, l. XVIII.

(2) Bossuet, *Discurso sobre la Historia universal*.



La Grecia celebraba únicamente esta triste nueva; no había comprendido siquiera por un momento la importancia y genio de Alejandro. El Asia le lloró: los persas recuerdan con respeto todavía profundo y amor al *dominador del Asia*. «Era, según ellos decían, el *mensajero del Altísimo*, que quería dar á conocer aquí en la tierra su reino: sus brillantes virtudes eran la magnanimidad, la clemencia, el valor, y especialmente la piedad.»

La misión de Alejandro estaba ya cumplida. Este héroe, uno de los más grandes hombres que han existido, á pesar de sus defectos, de sus errores, de sus crueldades y de su vano orgullo, había consumado la fusión del Asia y de Europa y terminado la grande y terrible lucha de las dos civilizaciones. El dedo de Dios se marca en esta obra, preparando el advenimiento de Roma.

Pérdicas, el más íntimo confidente del héroe macedonio y á quien éste al tiempo de fallecer había entregado el anillo real, gobernó á nombre del niño Alejandro, nacido de Roxana tres meses después de la muerte de su padre, y de Arideo, hermano bastardo de éste, que fué aclamado rey bajo el nombre de Filipo, á pesar de su esado de imbecilidad. Para ocultar sus ambiciosos proyectos, dividió Pérdicas el reino en satrapías, confiándolas á los generales que habían acompañado á Alejandro *el Grande* en sus expediciones; pero al mismo tiempo hizo asesinar á Estatira y Dripetis, últimas mujeres del conquistador, y á veintitres mil griegos; repudió á su esposa, que era hija de Antipatro, y se casó con Cleopatra, hermana de Alejandro, todo con el fin de apoderarse del reino. No obstante, el haber perdido una batalla que dió contra Tolomeo, hijo de Lago, exasperó á sus soldados, que le quitaron la vida en su tienda. Eumenes, su lugarteniente y amigo, perseguido muy de cerca por Antipatro, Antígono, Tolomeo y Cratero, generales de Alejandro que se habían coaligado contra Pérdicas, salió vencedor en una batalla en que sucumbió Cratero y se hizo fuerte en el Asia Menor, auxiliando á Polispercon, regente del reino, que aspiraba á usurpar la corona; pero á poco fué vencido y muerto en otra batalla, y

Polispercon se vió precisado á abandonar la regencia.

Arideo había sido sacrificado á la venganza de Olimpia, que le aborrecía por no ser hijo suyo y sí de otra mujer de Filipo: ella á su vez murió en poder de Casandro, hijo de Antipatro, que mantenía como en rehenes al niño Alejandro y á su madre; pero asesinado poco después el tierno príncipe, todos los generales se declararon independientes. Tolomeo se quedó con el Egipto, á Seleuco le tocó el gobierno de Babilonia, á Antipatro la Susiana, á Casandro la Caria, á Lisímaco la Tracia y á Antígono la Frigia. Este último aspiró á reinar sólo en todo el imperio, pero fué vencido y muerto en la memorable batalla de Ipsos en Frigia, que dió lugar á que se consolidase la monarquía de los seleucidas en el Asia, la de los lagidas en el Africa y la greco-macedónica en Europa, formándose además algunos estados pequeños en el Asia Menor. Casandro logró deshacerse de todos sus competidores y tomó el título de rey en Macedonia, siendo su reinado uno de los más gloriosos.

Nada notable nos ofrece la historia de sus sucesores, sino guerras intestinas y crímenes de todo género. Cerauno, que se había apoderado del reino, perdió la vida en una terrible invasión de los galos, que aunque derrotados y arrojados del país por Sóstenes, que se apoderó del trono, volvieron en mayor número, desbarataron las tropas de Sóstenes y se apoderaron de la Tracia, la Macedonia y la Tesalia: quisieron saquear á Delfos, la ciudad sagrada, pero sucumbieron casi todos por el hambre y por el hierro. Después de continuas guerras con los galos y también con Pirro II, rey del Epiro, y con Alejandro, su hijo, Antígono Gónatas, logró la tranquila posesión de la Macedonia. Su hijo Demetrio II aumentó el poder de Macedonia y supo defender sus conquistas contra todas las fuerzas de la liga aquea, formada por Patrás y otras ciudades del Peloponeso que habían recobrado su libertad; pero murió en 229, dejando en la menor edad á su hijo Filipo III, y cundieron por todas partes las sublevaciones. Los etolios (entre el golfo de Corinto, la Tesalia y el antiguo Epiro), se auna-



ron también con el propio objeto de recobrar su independencia, y pronto se estableció entre las dos ligas una rivalidad que aceleró la ruina de la nación griega. Filipo salió vencedor, y se portó cruelmente. Tuvo guerra con los romanos por haberse aliado con Aníbal, en que tomaron parte ambas ligas, y salió perdiendo la Etolia. Desde 207 se hallaba Esparta en poder del tirano Nabis. La paz se hizo general.

El año 203, antes de J. C., tuvo que sostener Filipo una guerra contra los rodios y atenienses reunidos, en la que se mezcló Roma para ayudar á los últimos. El cónsul Flaminio, robustecido con la alianza de los etolios y cohesionando hábilmente la liga aquea y á Nabis, tirano de Esparta, ganó la famosa batalla de Cinocéfalas, que obligó á Filipo á reconocer la independencia de las ciudades griegas, proclamada el año siguiente por el vencedor en los juegos ístmicos. Preparábase á defender á todo trance el reino de Macedonia, único territorio que le había quedado, cuando le asaltó la muerte. Perseo, su hijo y sucesor, fué derrotado en Pidna por el cónsul Paulo

Emilio, y conducido á Roma murió en una prisión. Aunque veinte años después Andrisco, fingiéndose hijo de Perseo, ascendió al trono, el cónsul Metelo le venció é hizo dar muerte en la Tracia, reduciendo la Macedonia á provincia romana, lo que le valió el sobrenombre de Macedónico.

Los romanos, con el fin de subyugar la Grecia, fomentaron las divisiones en la liga aquea, debilitándola por este medio. Por otra parte, tan imperiosamente trataban á los aqueos, que concluyeron estos por ultrajar á sus embajadores y declarar la guerra á los espartanos sus protegidos. Metelo les tomó muchas ciudades: en vano pelearon heroicamente comandados por Demócrito, Critolao y Dico, esforzados defensores de la libertad de su patria, pues derrotados sucesivamente, tuvieron que sucumbir al yugo del vencedor, que asoló á Corinto hasta los cimientos por haber hecho una obstinada resistencia, y vendió á las mujeres y á los niños. Considerada desde entonces la Grecia como provincia del imperio romano, recibió el nombre de Acaya.